

MADE IN DUBLIN

HAY UN PULSO ENREDADO

que corre por debajo de la superficie de esta calle. A veces, en uno de esos momentos silenciosos e inquietantes de la noche cuando la ciudad se calma brevemente, como si fuera a abrir sus suspiros, casi lo puedes oír, lo puedes oír como una especie de palpitación tenue e insistente, casi una secuencia rítmica, e inmediatamente sabes que contiene información oscura. Nos dice que todos estamos siendo arrastrados en la misma dirección general. Nos dice que todos estamos siendo guiados por el hilo del pulso. Nos dice que todos estamos a punto de salir.

La ciudad está desapareciendo a nuestro alrededor. Día tras día, y noche tras noche, somos arrastrados bajo la superficie de sus calles hasta su inframundo, y aquí nos quedaremos un rato y aprenderemos a dejar atrás nuestro tiempo.

Aquí, también, cada uno de nosotros (cada Orfeo de la calle y cada Eurídice de todo a cien) sufrirá los cortes de la navaja de la memoria.

El primer amor.

La última vez que conocimos la dicha.

La música que oíamos.

El dolor que sufrimos;

el chillido blanco de nuestras ansiedades.

Las caras de nuestros enemigos y, lo que es peor, mucho peor, las de nuestros amigos.

El *diminuendo*, en notación musical, marca la desaparición gradual o la caída agonizante. La edad también se mide en un lento *diminuendo*. Lentamente nos distanciamos de nosotros mismos. El movimiento de la calle se vuelve más lento, la calle se vuelve más larga, y la ciudad se convierte en el cuerpo. Nos habla en una caída agonizante.

Y podemos oír, ahora mismo, al abrirse una bolsa de silencio que lo permite, el pulso enredado que nos dice de nuevo que nuestro tiempo está pasando.

UNA NOCHE A PRINCIPIOS DE JUNIO

estaba cruzando el puente O'Connell en dirección norte sin otra idea más compleja en la cabeza que un tazón de fideos en la calle Parnell cuando me paró un joven drogadicto.

Se supone que habíamos quedado aquí la semana pasada, me dijo.

Nunca había visto a ese chaval, pero no me sorprendió su delirio: mientras hablábamos, arrancaba distraídamente pequeñas pastillas azules de un blister y se las tragaba. Son los opiáceos que se compran por internet para descomponer la realidad y limpiar la identidad.

No creo que me conozcas de nada, le dije, le di un par de euros e hice por seguir adelante, pero él me detuvo de nuevo suavemente con la palma de la mano apenas apoyada contra mi hombro.

Ven aquí y te lo cuento, me dijo. Creo que he visto al ángel.

¿Cuándo ha sido eso?, le dije.

Ahora mismo, dijo.

¿Dónde?, le dije.

Por los muelles, dijo. Justo aquí.

Y sí, me dijo, en un tono asombrado pero convencido, sí había visto al ángel sobre el río, y el ángel incluso le había hablado, pero no podía recordar exactamente lo que le había dicho.

Seguí andando, arrastrado por el pulso enredado que corre bajo las calles, más allá de la parada de taxis y del Jardín del Recuerdo, y me preguntaba qué sería lo que habría dicho el ángel sobre el río.

Ella dijo

—Este lugar perdurará y tú no. La carne caerá de tus arrogantes huesos. Pero estas calles sobreviven a cada uno de sus momentos, porque en la superficie de la ciudad todo el tiempo está sin fijar, y el río fluirá como siempre a través de estas vidas chillonas y estas canciones carnales, y los edificios y los puentes crujirán y se balancearán y se derrumbarán; y habrá noches en las que hombres y mujeres mejores vendrán de nuevo por aquí un rato, y habrá de nuevo noches en las que será peor.

Los polacos bebían en sus bares de la calle Parnell; los chinos se afanaban en sus cenas tardías; las banderas arcoíris ondeaban a lo largo de North Great George's Street.

LAS PENAS DEL AMOR

Se suponía que ella se reuniría conmigo el martes por la noche. Y ahí estaba yo, como un maldito tonto, hablándole al aire. Pero ella no apareció. Esperé una hora. Ahora ya no creo que le guste tanto.

Se suponía que él me llevaría a conocer a su madre, pero no apareció. ¿Qué es lo que pasa? Que se avergüenza de mí.

No soporto no estar ya con ella. No quiero verla feliz con él. No quiero verla feliz con nadie más.

¿Su familia? Todos me odian. Lo sé. Todos se quedan callados cuando yo llego. Solo miran sus teléfonos. No me hablan. Ya sé lo que están pensando. Están pensando... ¿en ella?

Creo que se está acostando con otro.

No puedo quitármelo de la cabeza.

Estoy obsesionado con ella. No puedo dormir o comer o vivir bien por su culpa. Todo lo que quiero es pensar en ella y en cómo sería poder besarla y abrazarla.

Nunca me creí ese cuento de rayos y truenos y el cielo que se abre y el amor instantáneo que descarga y todos los fuegos artificiales y la tierra que tiembla y todo ese rollo pero entonces ¿qué pasó? Ella abrió su dulce boca y me dijo como cinco palabras amables y pensé que iban a tener que llevarme al hospital. Pensé que iban a tener que ponerme un gotero.

Así que me volví, actuando de manera natural, o tan natural como podía, y dejé caer las palabras difíciles. Le dije, «¿estamos saliendo?».

Nos queremos. Eso es todo lo que importa. De hecho, mataría por él.

Quiero que sepa una cosa y solo una. Lo lamentará. Yo era el indicado para ella. Hasta su último aliento. Lo lamentará.

Él se cree un tío *enrollao*. Se cree que es alguien. Un tonto del culo es lo que es.

¿Amor? No me hables de amor.

OIGO CANTAR AL DINERO todos los días

de mi vida. Es la loca canción que me lleva de cabeza por estas calles. Me llama desde las ventanas altas. Entona un estridente estribillo desde las azoteas. Intento que no se me meta en la cabeza pero se me mete en la cabeza y la convierte en un saco de serpientes.

El dinero mueve mis labios mientras camino por la calle. Hago mis sumas con los labios mientras espero a que cambie el semáforo. ¿Es el dinero el que me dirá cuándo mi luz se pondrá verde?

Me arrodillo por él.

Atravieso la noche corriendo por él.

Le hago daño a la gente por él.

Lo deseo tanto.

Lo necesito ahora mismo.

Pero luego en los bordes de mi vida (y esto es algo que siempre sucede hacia el final del día; es una sensación de luz del atardecer) veo aparecer los límites y sé que nunca tendré suficiente. Siento como si estuviera luchando constantemente, toda de mi vida, por, no sé, por ¿cinco de los grandes? Cinco de los grandes arreglarían un montón de problemas. ¿Pero de dónde van a salir?

Oigo al dinero cantarme en la noche. Es como la burla de una vieja canción de amor. Dice soy todo lo que necesitarás de dulzura y de luz, eso es lo que me canta el dinero.

El dinero podría convertir mi vida en una película.

Puedo saborearlo en los labios.

Necesito su proteína y su sal.

Necesito su dulce amor.

Y LO SIGUIENTE, volvía andando

de Five Lamps cuando me sucedió algo muy extraño. Mientras caminaba por Summerhill tuve la sensación de que flotaba —así es como puedo describirlo— y se hacía cada vez más fuerte. Cuando llegué a la calle Parnell la superficie del camino se hundía por debajo de mí. Era como si me estuviera elevando. No sé cómo describirlo realmente. Era como esa sensación de hace años cuando te daba un mareo en un club nocturno. Esa sensación de que de repente la música te da vueltas y la lengua se te pone gruesa y sientes como si te hubieran levantado lejos de ti mismo. ¡Izado! Izado es la palabra que buscaba.

Y de repente, me elevé así por encima de la calle. Estaba muy, muy por encima de ella, y pude verla claramente por primera vez.

Entendí entonces cómo nos hace movernos. Cómo determina el ritmo de nuestro paso. Cómo hace que nuestros antebrazos repelan el aire denso como el humo.

Y al mirar hacia abajo, vi cómo el tiempo podía aflojarse. Y entonces el tráfico desapareció. Y la escritura china se desvaneció. Y aparecieron los caballos. Y había lámparas de gas. Había una pelea fuera de un bar entre hombres con sombrero. Había una prostituta en una puerta, llamando. Había un niño mirándole a la cara en un charco y haciendo payasadas.

Se convirtió en una época aún más antigua allí abajo. Podía oler el campo cercano. Los quejidos de las bestias. Los pesados, sordos movimientos en un corral. Gritos de animales.

Y entonces empezó a girar de nuevo hacia adelante en un bucle. La escritura china emergió de nuevo. El tráfico anunció su recuperación con toses y ladridos. Yo estaba suspendido sobre el futuro de la calle. Había un tipo de música que no podía identificar. Venía de una especie de caverna subterránea. Los trajes de imitación de cuero estaban de moda y los había de colores fabulosos: había rojos rioja oscuro, rosas fuertes, verdes bosque húmedo. Había grandes botas plateadas y tacones de cuña. Había un nuevo tipo de farola que daba una luz algo más tenue y creaba un ambiente ligeramente sombrío, incluso inquietante. Pero la gente seguía moviéndose de la misma manera. Repelía el aire con golpes de antebrazo. No se paraba a comprobar su paso.

Y entonces un gran silencio envolvió la calle y se mantuvo por un momento, y luego más, y todo se detuvo, y se congeló, y parecía algo así como la paz.

LA TARDE SE EXTIENDE por todo

el cielo.

El llanto de un niño vuela desde una ventana alta.

Guiado por las voces, un taxi deambula.

A veces parece como si estuvieras en la calle de al lado y no pudieras oírte a ti mismo.

Hay intriga en la calle.

Hay encuentros furtivos.

Se repite un momento de 1965.

Un momento de 1843.

Un momento de 2134.

Cae la noche.

Se alzan las luces.

Hay risas en las grietas.

El hombre gordo muestra una boca de dientes destrozados.

La seductora joven camina por un sendero ritual.

Hasta que llega la mañana...

... y los barriles de cerveza son enviados a rebotar y rodar hasta los sótanos de los *pubs*, con un sonido que tiene una cualidad atemporal y alegre.

Un chisporroteo de grasa de las freidoras de los vietnamitas.

Mientras caminamos nos adentramos en nubes de hilaridad,

rabia,

lujuria.

Y bajo la calle hay ahora un pulso enredado.

Nos dice una vez más que

el tiempo está pasando.

Créditos:

Made In Dublin, 2019

Eamonn Doyle, Niall Sweeney,

David Donohoe y Kevin Barry

vídeo-miriorama animado

nueve monitores independientes

de vídeo de 55 pulgadas con sonido cuadrafónico

encargo original de ThisIsPopBaby

para *Where We Live*, Dublín, 2018

imágenes 30 min (bucle), audio 40 min (bucle)

cortesía de los artistas